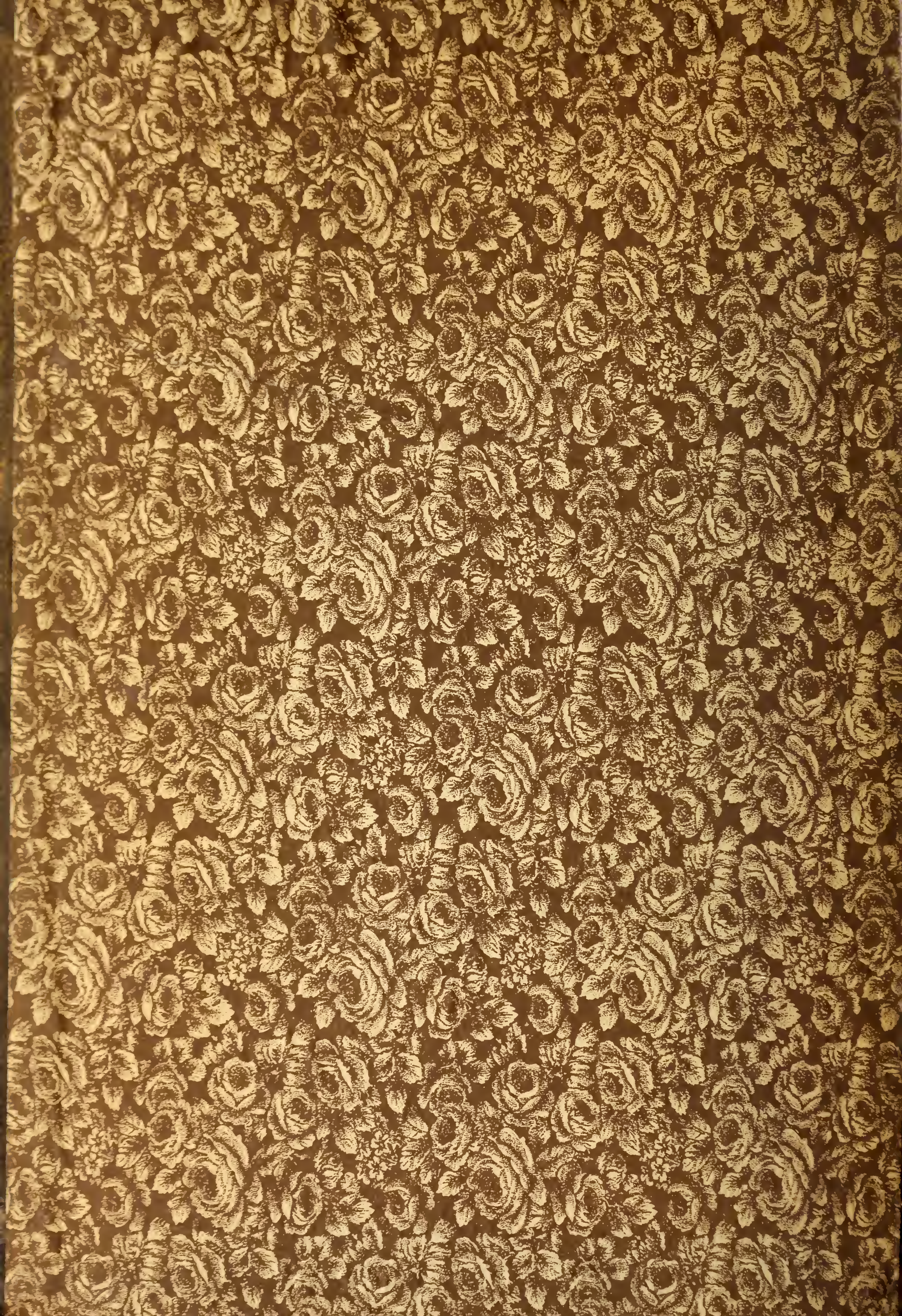
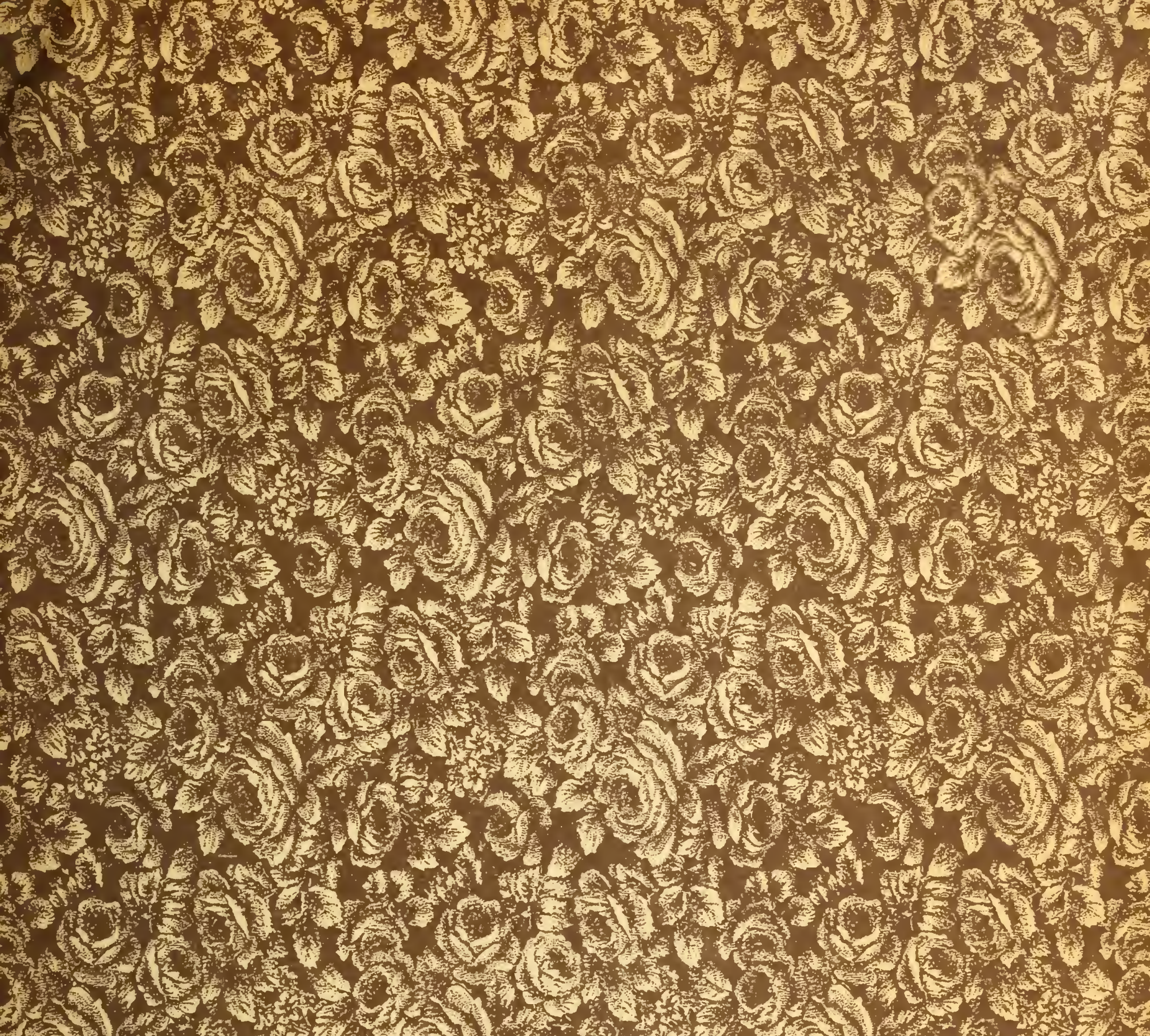

3 1761 09373027 3













DISCURSO




Manuel Tamayo y Baus

DISCURSO

EN ELOGIO DEL

ILMO. SR. D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

SECRETARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA CELEBRADA EL DÍA 12 DE MARZO DE 1899

PARA HONRAR SU MEMORIA

POR EL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON

ACADÉMICO DE NÚMERO



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1899



Señores Académicos:

«Aun no he empezado á hablar, y ya lloro», escribía en el siglo XIII el celebérrimo Fr. Elías, á la cabeza de aquella epístola inolvidable en que comunicaba á todos los hermanos menores de la Cristiandad la muerte del gran patriarca de Asís, arrebatado de la tierra en un ímpetu irresistible de amor que le transportó hasta los cielos; y así tendría yo por necesidad que empezar al cumplir la dolorosa obligación que habéis echado sobre mis hombros, de dar cuenta pública y solemne, á nuestros hermanos en las letras de todo el universo mundo, de la muerte del gran poeta dramático que fué como el alma y vida de la Academia Española, como su símbolo y personificación en los últimos años de este siglo, que se despide de nosotros con un adiós tan amargo.

Pero ¿adónde encontrar hoy almas españolas que no tengan secos y exhaustos los ojos? ¿Dónde encontrar corazones en que exista una sola fibra que no haya vibrado ya, hasta estallar y romperse, al choque rudo del dolor? ¿Dónde encontrar un sentimiento que no sea como de envidia para llorar al que se va á mundos donde no imperen como soberanos incontrastables la traición, la indignidad, la perfidia y la ingratitud?

De mí sólo sé decir que ya no puedo llorar, y que no sé si me alegre ó si lo sienta, en este día en que llevo la voz de aquella Corporación que miraba nuestro perdido compañero con la mirada llena de respeto y amor, con que mira el hijo predilecto á la santa madre que le acarició en su niñez, meciéndole en su regazo, y le animó y le fortaleció en su juventud, desde el fondo santo del hogar, en la palestra de la vida, hallando al cabo y por fin en él, en las fuerzas pujantes de su virilidad y en los consejos prudentes de su edad madura, el auxilio y el concurso filial que toda madre cariñosa se complace encontrar en sus hijos.

Porque si de una parte reconozco y proclamo (hoy con mayor necesidad) que, pasado el primer momento de dolor, lo viril, aunque sea para una madre, es imponer silencio á las ansias y á las penas del corazón, para darse cuenta de la desgracia y tratar de remediarla en lo posible, sacando el fruto mayor de los recuerdos y enseñanzas que lega al resto de sus hijos el que le arrebata la muerte, no se me oculta, por otra, que si el luto de que se viste la Patria no cubriese de fúnebres crespones el alma y el cuerpo todo de la Academia, embargando con las inenarrables tristezas del hondo duelo nacional todas las lágrimas de su corazón y todos los suspiros de su garganta, la voz augusta de esta Corporación debería resonar hoy en este recinto, no con frases ni con palabras, sino con gemidos de dolor, con voces inarticuladas que dieran con su desordenada manifestación expresión conveniente á sentimientos que no han logrado alcanzar todavía fórmula suficiente ni adecuada en el lenguaje de la razón, por apasionado y por sentido que sea.

Porque si en toda Corporación como ésta que representamos se enlazan de tal manera sus miembros, que más que vocales distintos de una sociedad, parecen y semejan hermanos, hijos de una madre común, que se agrupan en torno

de un mismo hogar, formando una sola familia, y se lloran, por consiguiente, al morir, con igual tributo de lágrimas, hay individuos y ocasiones de tan excepcional gravedad, por su significación é importancia, en que se mezcla con el dolor algo como de espanto y de alarma con dejos de desesperación por el temor de que con el muerto se vaya, no sólo una gloria á la posteridad y una ilustración á la historia, sino algo como parte integrante de la familia, de la vida de la Corporación, del sér mismo de la Academia, que se va para no volver, dejándola como huérfana y abandonada en los momentos mismos en que quizás era más necesaria su presencia para servir y para representar fuerzas morales de la Patria en horas tristes por demás, en que todo parece que tiembla.

Y esto ¿para qué ocultarlo? es lo que nos sucede aquí hoy. Esto es lo que nos atrae y nos congrega para rendir el último tributo del dolor á la memoria de Tamayo: el celoso Secretario perpetuo de nuestra Corporación, el fidelísimo depositario de sus tradiciones y recuerdos, el infatigable trabajador de todas sus Comisiones, el tutor y curador de su Gramática y Diccionario, la personificación más acabada y genuina de su espíritu y significación, y el símbolo más perfecto de su gloria, exclusivamente literaria, arrebatado á nuestra fraternidad por la implacable mano de la muerte en ese año de maldición en que tantas cosas grandes han muerto, como si hubieran querido acompañar á los abismos de la tumba los prestigios de una soberanía internacional que sucumbe, de un continente que dimite y de una civilización que abdica.

Agrupémonos, pues, Sres. Académicos, nosotros los representantes de la gran civilización europea, en uno de sus más gloriosos dialectos, en aquel mismo que resonó sobre las olas del Atlántico para salvar y redimir al Nuevo

Mundo que tan mal nos devuelve nuestros beneficios, alrededor de la fosa en que descansan los restos, mal enfriados aún, del gran cantor de los ideales eternos del espíritu, de las épocas de gloriosa recordación en los anales de nuestra Patria, del que dió testimonio con su inspiración de las energías de esta raza que se quiere hacer desaparecer como indigna del suelo mismo del planeta, que sólo ella supo completar á los ojos absortos de la atónita humanidad y para gloria inolvidable de sus inmortales destinos.

Agrupémonos en torno de su fosa y de su memoria para proclamar, con la exaltación de su genio y de sus virtudes, los fueros imprescriptibles de la inmortalidad y de las reivindicaciones eternas de la justicia, personificadas en la Patria, en la raza y en la lengua del escritor cuyo nombre basta enunciar solamente para afirmar una personalidad al nivel ó por cima de las mayores, y con ella y tras ella una gloriosa multitud de personalidades imperecederas, mientras el arte no desaparezca también, como el derecho y la razón, ante el ídolo vil de la fuerza, personalidades que siento en torno de mí, que todos amamos y conocemos, y que abandonando por un momento las tablas del glorioso Teatro español, donde pugnan por elevar los ideales de nuestro pueblo, acuden evocadas por vuestro conjuro para derramar lágrimas y flores sobre la tumba del poeta que les dió sér, no sin haber antes subido al cielo para dar testimonio ante el Juez Supremo, en la hora solemne de la justicia, de la hermosura del alma que las forjó, arrancándolas de las tinieblas de la nada para lanzarlas con su palabra á la vida.

¡*Ángela*, *Virginia*, *D.ª Juana*, *la Ricahembra*, *Luisa*, *Candelaria*, *Aldara*, *Yorik*, *Virginio*, *Icilio*, *D. Álvar*, *D. Fabián*, *Vivaldo*, creaciones luminosas del escritor, visiones y apariciones radiantes del poeta, personajes vivos que le debisteis el sér y fuisteis como los compañeros de su

existencia, venid y desfilad ante nosotros, para depositar un laurel de los que agobian vuestras sienes al pie del sarcófago del autor de vuestra inmortalidad y vuestra gloria!

¡Venid todas, personificaciones pujantes del amor, del deber, del honor, de la honradez y de la Patria! ¡Venid también vosotras, encarnaciones vivientes de las pasiones más bastardas, víctimas y cómplices á la vez de los sentimientos más tristes; venid todos, sin olvidar, hoy por cierto menos que nunca, el execrable personaje tan simbólico como real del *Drama nuevo*, el Walton envidioso y traidor, que parece acuñado con oportunidad espantosa por la mano misma de la maldad para simbolizar dignamente los primores de la perfidia!

¡Y acude tú con todos y antes que todos, pueblo español, tú, que supiste levantarte desde los obscuros antros de una cueva en que te acorraló la traición, á los altos destinos de tu misión providencial, á través de todos los oleajes de la historia, á la luz y al calor de los ideales cristianos de tu civilización y á impulsos de las energías incontrastables de tu raza; acude, acude á tributar el homenaje de tu cariño y de tu admiración al numen de tu inspiración nacional, al artista que supo dar con su palabra vida y color, relieve y movimiento, alta y honda personificación á tus sentimientos más queridos y á tus aspiraciones más amadas, al que supo llevar tu voz en todos los problemas de la vida, en todos los conflictos de la pasión, en todas las catástrofes de la historia, sin hacer traición una sola vez á las creencias de tu fe, al espíritu tradicional de tu Patria, á la gallardía y sonoridad de la lengua en que tan generosamente derramaste los tesoros de tu saber para que resonase dignamente en dos mundos!

¡Acude, aunque no sea más que para no olvidar, ante las desdichas de los tiempos, en qué fe religiosa, en qué moral

pública y privada, en qué trabajo regenerador, en qué virtudes domésticas y sociales, en qué concepción sociológica, en fin, puedes hallar la expansión propia y robusta de tu rica peculiaridad, de tu genial naturaleza, con sólo podar con mano inexorable tus vicios, sin dejarte arrastrar por las fascinaciones del éxito en pos de ideales groseros, de un positivismo egoísta y brutal que, por la ausencia constante de todo principio de justicia, sólo pueden representar para la humanidad, en los anales de la historia, lo que la voz gigante de San Agustín llamó con frase imperecedera: *magna latrocinia!*

Porque todo esto está, señores, como sabéis, representado en Tamayo y sublimado en sus obras, que reflejan, como en un espejo colosal, aquellos sentimientos elevados que por su grandeza y generosidad se denominaban *humanos*, y en los que tan alto rayó la civilización española, como cifra y compendio al fin de la gran civilización cristiana, santificada por la Cruz, á cuya sombra tan sólo puede volver á recobrar el pueblo de Covadonga y las Navas, de Lepanto, de Muhlberg y de Bailén, el secreto y la fuerza maravillosa de su incontrastable valer en el siglo de oro de su historia, cuando se le concedieron, por añadidura, todos los tesoros del arte, de las letras y del poder, porque buscaba, ante todo, en sus empresas y hazañas, la gloria excelsa de Dios y el reinado de su justicia.

Que si buscáis dechados de invencible fuerza moral que aun desde el seno de una desamparada mujer se imponga, por la razón y la virtud, á todas las pasiones á un tiempo, ahí tenéis, para satisfacer vuestros deseos, en la Ricahembra de Castilla un trasunto noble y sin rival de la mujer fuerte de la Escritura, tal como pudo darse en los días revueltos de la Edad Media en España; y si buscáis un modelo de amor, apasionado y ardiente, casto, puro y leal hasta el

sacrificio y la locura, y todo bajo el santo lazo conyugal y dentro de los lares sagrados de la familia, ahí tenéis en doña Juana *la Loca* un ejemplo de la locura de amor, tal como sólo es capaz de sentirla y practicarla el corazón de una mujer española; y si buscáis el tipo heroico, á la vez que humilde, de las familias cristianas que desafían con intrepidez las iras todas del ridículo y lo vencen con el fulgor de las virtudes modestas del clásico hogar español, sublimado hasta su ideal, ahí tenéis en D.ª Candelaria y Fabián los arquetipos reales de la virtud y el valor, que eclipsan, con el fulgor de sus grandezas morales, la alquimia del falso honor y las audacias cobardes de la infame baratería; y si queréis encontrar las causas verdaderamente eficientes de la grandeza nacional en las grandes épocas de su historia, buscadlas en la silueta inmortal, trazada con pinceladas de luz de D.ª Isabel *la Católica;* en los rasgos con que se dibuja á lo lejos la figura de D. Fernando de Aragón, tan prudente como arrojado; en la sombra que se agiganta en Italia y se refleja en España del guerrero que se conoce en el mundo con el nombre del Gran Capitán; en la presencia que se adivina y se siente del gran político Cisneros; en la varia y sucesiva representación del soldado del tercio viejo en D. Álvar; del prócer, leal servidor de su reina y de su patria, en el Almirante de Castilla; del noble y generoso pueblo español, tan heroico como sufrido, en el mesonero y trajinantes de Tudela, en los que, á modo del clásico coro teatral de las tragedias antiguas, se refleja y toma voz la opinión, la conciencia histórica y nacional de la civilización española.

Y si, por el contrario, anheláis conocer las causas más eficientes también de nuestra actual decadencia, buscadlas, que las hallaréis en importaciones sociales, como el amigo don Dámaso; en políticos de profesión, traducidos del Extranjero, por el estilo de Villena; en filósofos á lo alemán, como el

pensador de *No hay mal que por bien no venga;* en caballeros de industria, de pública notoriedad y reconocida patente, como Quiroga, no relegados al muladar de las escorias sociales, como los Alfaraches de antaño, sino elevados á las cima de la sociedad, como los *pícaros* de ahora; y más que nada en la *honradez*, cómplice, á lo Pilatos, de todas las persecuciones del justo, de los *hombres de bien* de las sociedades contemporáneas.

Y no es que Tamayo fuese un pensador, un sociólogo, un historiador, un político, que pretendiese llevar la polémica y su doctrina al teatro; era un artista nada más, pero un artista perfecto, forjado de un solo bloque macizo, modelado por el estudio de los grandes poetas dramáticos, y animado del soplo de la inspiración de su alma elevada y serena, de su corazón generoso y ardiente, de su temperamento apasionado y meridional, de su sensibilidad exquisita y pujante, de sus nervios vibrantes y delicados, que todo contribuía en él y se reflejaba en sus obras, para obedecer, una vez dado el impulso inicial del carácter, del argumento y de la época, al ritmo incontrastable y despótico de la lógica pasional, que se impone con todas las energías de la vida, y en el uso de su libertad, al desarrollo de la acción, que nace, crece, se desenvuelve y estalla en la catástrofe definitiva con todo el reconcentrado vigor de las premisas morales, como el incendio devastador que lleva en su seno la chispa, ó como la encina secular que lleva en germen la bellota, no por el destino fatal y ciego de los poetas paganos, sino por aquel orden tan ontológico como social, que liga las causas con los efectos, los principios con las consecuencias, los dogmas de la Religión y las verdades puras de la ciencia con el progreso moral de los pueblos y las civilizaciones.

Por eso es inútil buscar en las obras de Tamayo *problemas ó tesis* por resolver, ó *dudas* en forma de argumento. Para el

genio ardiente de Tamayo todo está definitivamente resuelto en católico y en español, con el criterio de la verdad, de la virtud y la justicia. Su numen se eleva al cielo con serenidad, y desciende á la tierra armado con el rayo de la ira celeste ó con el ramo de oliva del perdón misericordioso y divino. Todos los éxitos del mal los ve Tamayo en la audacia de sus viles perpetradores y en la cobarde complicidad de los más viles todavía mantenedores del bien. Por eso sin piedad los flagela el estro de su indignación inspirada; por eso sublima hasta el Olimpo las almas de fortaleza ejemplar que imponen la justicia con brío, con ánimo y con valor; por eso son morales sus dramas, no sólo con la moralidad del discurso, sino con la moralidad de la acción, y, sobre todo, del efecto que deja en el que asiste al teatro. Quizás si algún defecto halló en él, es cuando subraya con frases lo que arroja de sí la fábula con mayor fuerza y poderío, olvidando por un momento tan sólo que la mejor condenación de la maldad es su exposición verdadera: tan odioso resulta Walton en el *Drama nuevo* y Villena en *Lances de honor*, como Quiroga en *Los hombres de bien*. «La aparición rápida y fugaz de la muchacha desgreñada—dice con razón Fernanflor,—es el drama más terrible que se ha escrito contra los desafíos.»

Y es que en Tamayo la condición excepcional que más le sublima y avalora como poeta dramático, á mi ver, es el relieve escultural con que destaca del fondo obscuro de la vida los caracteres individuales, informados por el deber ó la pasión dominante, desenvolviéndolos al calor y como al compás de la acción, y ostentándolos en su auge en el desenlace supremo.

En el arte de ver y de sentir la verdad y de expresar con belleza el juego armónico de sus contrastes, para que resulte triunfadora la unidad superior del drama, como artística

manifestación de la vida, es la nota característica, en mi sentir, de la musa dramática de Tamayo.

Quede para otros de mayor autoridad y saber, inquirir y probar los ocultos y remotos manantiales de las fuentes de us inspiración peculiar, ora nacionales ó extranjeros; dilucíden los críticos si esto obedece á lecturas de Calderón, aquello al estudio de Lope, de Tirso ó de Moreto; si fue Shakespeare, Schíller, Alfieri ó Corneille, el ideal que se propuso. Fueron todos y ninguno á la vez; todos le hicieron sentir, amar y admirar la belleza, y él la reprodujo y la realizó tal como su corazón la entendía, sin proponerse la imitación de modelo determinado. ¿Quién es capaz de analizar y distinguir la procedencia de los átomos de cada organismo y la genealogía literaria de cada idea que germina en nuestro cerebro? Lo esencial no son los criaderos del barro con que Dios modeló la estatua yerta del hombre: lo esencial es el soplo de vida creador que animó su frente, su corazón y sus labios. Cuando asisto á la representación del *Drama nuevo* ó de *La locura de amor*, no tengo tiempo para acordarme de nadie; si me acuerdo al fin de Tamayo, es cuando baja el telón, para aplaudir en el genio la pujanza con que me arrobó, arrebatándome de mi asiento para vivir la vida, en toda su plenitud, de otros hombres, otras épocas ú otros climas, como si fuera mi propia vida también la de aquellos seres ideales que han conmovido mi corazón con más fuerza y con más poder que si estuviesen realmente vivos.

Y esto tan sólo se puede hacer cuando se siente en toda su plenitud el arte, viviendo vida con él y elevándolo con sinceridad á segunda naturaleza. Por eso he dicho en otra parte que Tamayo era ante todo, para mí, el genio dramático en persona, desde la composición literaria hasta la representación teatral; el hombre que, tomando en serio el papel que

le señaló la Providencia en la historia, lo ejecuta con todo el amor, con toda la convicción y seriedad del que ama y respeta la obra, porque ama y respeta á su autor. Por eso tomaba tan por lo serio Tamayo su papel de Académico y Secretario, su papel de Director de la Biblioteca Nacional, su papel de amigo, de esposo, de hermano y de caballero, llevando hasta la nimiedad su exactitud, hasta el heroísmo el trabajo, hasta la intransigencia el deber en el cumplimiento de su oficio, como quien tiene que responder ante el público y el autor de la perfección de la obra ejecutada por él.

Lo digo con toda sinceridad: el arte sentido así se impone como un deber, se venera como una religión y se practica como un culto. Brotan enlazadas con él las fuerzas motrices de la vida, y hasta en sus acciones más grandes se informan y se inspiran, por decirlo así, en sus manifestaciones más bellas.

Hasta en el trance de morir fué fiel Tamayo á esta ley, á que obedeció toda su vida; no se murió como un cualquiera el autor de la muerte trágica de Paulino: se murió como se debía morir el hombre de su cabeza, de su corazón y sus nervios. La muerte apresuró su venida como apremiada por el artista, que la emplazaba con sus esfuerzos para recibirla con propiedad. Diríase, al verle cómo señalaba en el reloj la hora fatal de la cita, que sentía un como estético terror de que se alargase la fábula, y aunque nada menos teatral que el fin último del poeta, no le hubiera dado otro Shakespeare si lo hubiera hecho morir en la escena.

Tamayo, en suma, que esperaba y que presentía la muerte, que la vió acercarse de lejos, le abrió los brazos de su sér todo entero, como á la inspiración de una tragedia representada con toda el alma por él y en que el actor se muere de verdad. Y se murió, con efecto, sin romper la

unidad de su papel en la representación, como un personaje del *Drama nuevo.*

No tache nadie de profanación esta compenetración, tan inconsciente como espontánea, y tan honda de la naturaleza y del arte; propiedades transcendentales del mismo ente al fin y al cabo son la verdad y la belleza, y nada más lógico y natural que la belleza se sienta de verdad y la verdad se manifieste con belleza, aun cuando ambas se presenten ornadas con la cabellera de Medusa y no tengan otro teatro que entrañas destrozadas por el dolor, corazones estremecidos por el espanto, almas, en suma, abismadas por la mano de la desesperación en el mar sin orillas del desconsuelo.

Meditadlo bien, y veréis que acaso por eso, y sólo por eso, son inexorablemente sublimes, sin poder dejarlo de ser, las representaciones artísticas de los infinitos dolores que irradian sobre todo el arte cristiano: Cristo expirante sobre el divino madero, y María al pie de la cruz, con el cadáver de su Hijo en los brazos.

Tan difícil es evitar que coronen los resplandores visibles de la belleza como nimbo ó como celestial aureola, las encarnaciones de la idea, del sentimiento y de la pasión cuando conmueven al alma que las produce con nobleza, con sinceridad y con fuerza.

Cuando Guzmán *el Bueno* arrojó su acero, y con su acero su corazón, por sobre los muros de Tarifa, no pensaba en representar una ficción, sino en realizar con grandeza la heroicidad del sacrificio, y, sin embargo, la historia inmortalizó el acto teatral eternizando el ademán noble y gallardo con que arrojó el acero parricida al campamento enemigo.

Compadezcamos á aquellos que no sientan toda la heroica sublimidad que se encierra en la forma dramática hasta no más con que el inmortal español dió á entender lo incorrup-

tible de su lealtad acrisolada á la aleve perfidia de los traidores. Las generaciones que, á modo de público espectador, se asoman sucesivamente á la historia, aplauden estremecidas este final, en que el arte veló con el manto de oro de lo sublime el horror de la naturaleza.

Quizá el secreto de tan transcendental vocación se encuentre en la vida misma de Tamayo, autor dramático por herencia, por familia y por tradición, casi tanto como por naturaleza.

Fueron sus padres, como sabéis, el actor y director de escena D. José Tamayo y la actriz renombrada por su belleza, por su talento y su virtud, D.ª Joaquina Baus, y su madrina su tía materna D.ª Teresa, enlazados todos por unos y por otros lados al arte en que tan alto tuvo que rayar el genio gigante de Tamayo. Corrió dulce y alegre su niñez entre el ruido de los bastidores, y cuando el amor hubo de revelar por vez primera y por última al adolescente poeta que tenía herido el corazón, se vió que la esposa que los cielos le destinaban era, como no podía menos de ser, hija también del teatro, como hija del empresario y sobrina del gran actor que llevaron el apellido de Máiquez. Así ligaba con uno y otro lazo el destino la existencia del escritor con la atmósfera de las tablas, en que ya á la edad de diez años se hacía aplaudir con verdadero furor el precocísimo poeta, sacado en triunfo á la escena entre los brazos de su madre.

Rindió, como no podía menos de suceder, tributo á las exigencias de la época el genio de Tamayo en los éxitos con que inauguraba su vida, ya en el arreglo ó refundición de *Genoveva de Brabante*, ya en *La Doncella de Orleans*, imitada con el nombre de *Juana de Arco*, ya en el drama romántico, original, titulado *El Cinco de Agosto*, ya con *Fernando el pescador*, gallardo y exuberante melodrama; pero

tanto en estos *ensayos* como en diferentes *arreglos* (en que siempre dejó la huella de su garra real de león), como *El Juramento*, el *Tran-Tran, Centellas y Moncadas*, *Una apuesta*, *Una aventura de Richelieu*, *Ángela*, *La aldea de San Lorenzo*, *El sueño del malvado*, *Historia de una carta*, *Un banquero*, *Del dicho al hecho*, *Más vale maña que fuerza*, como en las piezas cómicas originales *El peluquero de Su Alteza* y *Huyendo del perejil*, como en las *loas: La esperanza de la Patria* y *El dón del cielo*, como en la comedia de magia *Don Simplicio de Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey*, no hay que buscar el Tamayo que despierta nuestra veneración y que merece marchar de frente con los grandes monarcas de la escena.

Brilla en ellos, claro está, su intuición maravillosa del teatro, su conocimiento acabado de los resortes escénicos, su arte de simplificar la composición, su talento en esbozar caracteres, y el lenguaje propio, natural y castizo, que esmalta todas sus obras; pero como piezas hechas al fin ó en sus albores literarios, ó con el solo objeto de abastecer el repertorio de los actores amigos ó de dar á conocer en España obras del Teatro extranjero, aplaudidas á la sazón, aunque mejoradas por él, no puso en ellas su alma, y no pudo alcanzar, por tanto, la meta de la perfección absoluta, á que tanto se hubo de acercar en las obras maestras de su ingenio.

El repertorio de estas obras, ya lo hemos dicho en otra ocasión, no necesita enumerarse. ¿Quién no lo siente palpitar en el corazón y en los labios? ¿Quién no lo mira asociado estrechamente en cada título su memoria con una fecha memorable en su vida? ¿Quién ha olvidado el clamoroso estruendo del aplauso en la brillante noche de sus estrenos?

Virginia, que desciende del clásico pedestal en que la había colocado el destino, para animar los rasgos estoicos de su virtud con sentimientos cristianos.

La Ricahembra, que nos transporta entre el tumulto guerrero de la Edad Media española en los días de D. Juan I de Castilla, para hacernos palpar toda la riqueza, toda la energía y toda la fuerza moral que, como el oro en las escorias, se encierra en el seno de aquella época, hasta entonces tan mal juzgada en el teatro.

La locura de amor, que nos da en cifra, entre los gritos incoherentes y las acciones perturbadas de una loca, toda la sustancia y la medula de nuestra vida nacional, sorprendida en el momento más crítico de su historia en el siglo de oro de su grandeza.

La bola de nieve, en que se expone á nuestra vista con la transparencia del cristal, y á la luz clara y serena del mediodía, la evolución y el desarrollo de las pasiones por el efecto natural y lógico de los caracteres, con todos los primores y delicadezas del arte oculto y disimulado por el autor tras de la mera exposición de la vida.

Lo positivo, modelo perfecto de sencillez artística, en que asistimos con plácido interés á la transformación de un carácter ante las influencias morales de la virtud, como asistiríamos al desplegar de los pétalos de una rosa ó de las hojas de una sensitiva, acariciada por los tibios rayos del sol ó por el fresco rocío de los cielos.

Lances de honor, en que la mano inexorable del poeta, pujante de fuerza y de vigor, sin retroceder un ápice, ni vacilar un momento, ni perdonarnos una conclusión para ahorrarnos un estremecimiento siquiera, nos lleva implacable á través de todos los horrores morales que puede encerrar la bárbara y cobarde costumbre, en ocasiones, del duelo en el seno de una sociedad no descristianizada todavía, y en la que cabe aún que se encuentren al lado de las más bajas simas de la abyección las más altas cumbres de las virtudes del Evangelio.

El *Drama nuevo*, atrevimiento gigante y temeridad afortunada del escritor, objetivación entre refleja é inconsciente de las peculiaridades del propio espíritu del poeta, (artista por naturaleza y por vocación, como venimos diciendo); creación peregrina é interesante, en que sobre el hilo de luz, tejido por todas las magias del arte y del estilo, se verifica el difícil y peligroso tránsito de la ficción á la realidad, y á la realidad tremenda de la muerte, hasta traspasar á veces en sus éxitos los límites señalados por el autor y salirse fuera del campo medido por los jueces al arte á impulsos de la velocidad adquirida por los bríos de su Pegaso.

Después de estos verdaderos prodigios en su género del arte y de las letras, viene, como para servirles de corte, en no apartado lugar de su séquito literario *El castillo de Balsaín*, drama tan interesante por su argumento como magnífico por su estilo, verdaderamente escultural, y *No hay mal que por bien no venga* y *Los hombres de bien*, en que aparece más visible el único defecto de que se ha podido tachar al autor de tantas obras inmortales: el de descuidar á veces su papel de expositor severo de la vida, tal como la desentraña de la realidad la mano poderosa del arte, para empuñar la férula magistral y dar con sátiras sociales palmetazos morales á la sociedad descreída y viciosa de nuestros días. Aun concediendo que el mérito de estas obras no es tan eminente y perfecto como el de las antes citadas, no cabe tampoco desconocer que, al lado de grandes bellezas, encierran estas obras, también hasta en sus mismos defectos, un intento moralizador que para perfecciones de las suyas quisieran otros autores.

Falta otra obra por recordar, obra inédita hasta el presente, la más perfecta y acabada de todas las suyas para el autor, que la consideraba como su obra maestra, y á cuyo pulimento y perfección dedicó, en los últimos cuarenta años

de su vida, todo el tiempo en que le dejaban de vagar sus oficios de la Academia y en la Biblioteca.

Esta obra es sencillamente *Virginia*, totalmente refundida y cambiada, hasta el punto de no haber respetado en ella una docena de versos de la antigua.

Señores Académicos: ¿imagináis dato más significativo en la tierra para juzgar á un hombre y á un escritor, que esta refundición de *Virginia?* ¿Cabe llevar más allá la sinceridad y la pasión por el arte? Escribiera otra tragedia mejor sobre *Lucrecia* ó sobre *Bruto.* Puliera y reformara más aún *Los hombres de bien* ó *No hay mal que por bien no venga;* pero tocar con mano audaz á *Virginia*, aquella *Virginia* tan ideal, á que debió su corona espléndida de poeta, sólo pudo hacerlo Tamayo.

Recuerdo el día que nos la leyó á Núñez de Arce, á Catalina y á mí. Con terror esperaba yo su lectura. Era aquello, á mi parecer, como un atentado literario. De aquella *Virginia* escultural que levantaba en masa al público en el teatro, ¿qué iba á quedar con vida una vez empuñado por el audaz reformador el implacable hierro homicida? Casi me estremecía de horror al imaginarlo tan sólo.

Al acabar su lectura no pude menos de reflexionar que Tamayo, al legar á la posteridad su *Virginia* reformada y refundida por él en los últimos años de su vida y como fruto supremo de sus trabajos, la legaba desde su sepulcro un problema que á vosotros tocará resolver. La sentencia de proscripción para el teatro moderno fulminada contra la tragedia clásica de la antigüedad por los preceptistas contemporáneos del arte, ¿ha de confirmarse y prevalecer definitivamente, por fin, con la publicación de la *Virginia* de la edad madura de Tamayo, ó ha de revocarse con su representación? Tamayo en 1898 no era ya el Tamayo de 1853. La erudición, la experiencia, la madurez, la calma que echaba

de menos en su primitiva *Virginia*, hija sólo de la ardorosa juventud y del ciego entusiasmo, como ya decía al publicarla, no pudieron faltar al autor encanecido de la segunda. No cabía ignorancia ni falta de reflexión en él sobre el nuevo modo con que una filosofía del arte, más elevada y más profunda, estudia y contempla la religiosa y celeste serenidad que irradian las creaciones clásicas del arte antiguo. Tampoco podía desconocer las críticas sufridas por su *Virginia* y las teorías novísimas sobre el género. Era, además, sabedor de las mayores exigencias del público en cuanto á la histórica verosimilitud del fondo y de los detalles.

Con eso y todo, dedicó los mejores años de su vida á esta obra tan especial, y yo, que sabía que era modesto, no pude menos de asombrarme al oirle, casi con jactancia, que desafiaba á que se le señalase un detalle que no estuviese comprobado en las fuentes más puras de la erudición, una palabraque no fuese propia y castiza, una falta en la versificación. Hasta tal punto había esmerado el amor la depuración de su obra.

Pero sea de esto lo que quiera, siempre resultará de ello, al cabo, la nota característica y peculiar que venimos señalando en Tamayo como signo y manifestación de su vocación invencible.

Porque otro de los aspectos de Tamayo, el más desconocido quizás para el vulgo de sus admiradores, era que el poeta genial, el creador de fantásticos personajes y situaciones poéticas, lejos de ser un soñador de esos que desprecian los libros y se aburren con el trabajo, fiándolo todo al instinto, á la intuición y al azar, era un trabajador sempiterno. Preguntadles á los archiveros y bibliotecarios de la Nacional cómo trabajaba en su Índice y cómo trabajó en la mudanza de los códices y los libros; preguntadles á los empleados de esta Corporación cómo trabajaba en su cargo y oficio de Se-

cretario. Yo le he visto, en la Comisión á que pertenecía con él, horas enteras clasificar y colocar á miles las papeletas en el fondo del casillero. Ahí está el *Diccionario de la rima*, hecho casi todo por Tamayo y escrito todo de su letra. Quien quiera estudiar á fondo el arte difícil de componer, examine los múltiples borradores de cada una de sus obras, escritos todos de su mano, en su gallarda letra española, desde el principio hasta el fin de sus dramas y sus comedias.

Y es que, como venimos diciendo, Tamayo era ante todo un actor en la comedia de la vida, que tomaba en serio su papel, encomendado á su voluntad por intermedio de su inteligencia como el desempeño de un deber por el autor del drama universal de la historia que se representa en el gran teatro del mundo, y Tamayo no podía desempeñar mal, por negligencia ó por vicio, el papel que representaba. Por eso, aunque literato y poeta, dejó nombre de trabajador concienzudo é infatigable hasta en las oficinas de los Ministerios adonde le llevó Gil y Zárate y le ascendió Nocedal, y hubieron de respetar unos y otros á excepción del *bienio* y de la *gloriosa*, que sin duda para regenerar las letras le despojaron de su puesto (el primero en Gobernación, la segunda en la Biblioteca) relegándole, como tantos otros por el estilo, á su casa, de donde tuve yo la dicha de sacarle nombrándole, con aplauso universal de tirios y de troyanos, Director de la Biblioteca Nacional y Jefe superior del Cuerpo, papel que desempeñó á conciencia y con la perfección que los otros, dejando escritas millares de papeletas para su Índice general, y convenientemente dadas á luz las publicaciones premiadas que dormían el sueño del abandono y el olvido hacía más de veinte años.

Así fué que cuando, por razones ocultas que son un misterio para todos, dejó Tamayo de escribir con su nombre

para el teatro, como no podía estarse desocupado y ocioso, escribió con el seudónimo conocido de *D. Joaquín Estébanez*, como antes había escrito, para aligerar la producción á su cargo, con los nombres de *El Otro* y *D. Fulano de Tal*, y de *José García* más tarde, sin duda por el placer de hacer célebres varios nombres desconocidos; y cuando hizo enmudecer hasta Estébanez, se refugió en las obscuras labores del Diccionario, como se refugió, según dije en más feliz ocasión, el gran Carlos V en Yuste: cansados ambos á dos de púrpuras y laureles.

Allí le sorprendió su última enfermedad; en ellas le tuvo que buscar la muerte, pues con la Academia, la Biblioteca y su hogar repartía alegre su corazón y todas las horas de su existencia. La Biblioteca, en que veía como la meta del honor en su carrera administrativa y literaria; la Academia, que miraba como el templo de las letras y del saber, en que se rendía culto á la lengua á que había debido su gloria; su hogar, que adoraba como santuario de su felicidad, donde velaba por él la compañera de su vida, la musa secreta de su inspiración, la santa hermana de la caridad durante los últimos años de su existencia.

Que no creo cometer ninguna profanación revelando secretos del hogar doméstico ante el público si digo lo que todos sabemos ya por haberlo gallardamente dicho Tamayo al frente de sus obras más aplaudidas. El ideal angélico de belleza material y moral, el modelo de la mujer fuerte, la llama que encendía el volcán ardiente de la pasión que desbordaba en su alma, el ángel santo del hogar, de la caridad y del consuelo, no necesitó buscarlos Tamayo en los anhelos de su corazón ni en las visiones de su mente. El cielo, generoso con él, los había colocado á su lado en el sendero de su vida, para que, acompañándole en su jornada, le alentasen con su admiración, le fortaleciesen con su solicitud, le con-

solasen con su cariño y cerrasen sus ojos al morir, quedando, como la estatua muda del dolor, derramando lágrimas y oraciones sobre los rosas de su tumba.

Como no habéis podido menos de ver, Sres. Académicos, en los rasgos con que he procurado bosquejar la fisonomía del compañero que nos ha arrebatado la muerte, era Tamayo un poeta en toda la transcendental extensión de tan profunda palabra, que recibió como misión la de crear alguna de esas obras maestras que, como piedras preciosas, deja caer de su manto, piadosa, la Divinidad para iluminar con sus luces las densas tinieblas en que peregrinamos errantes por espinas y sobre abrojos el común vulgo de los hombres; y si en vez de tomar en conjunto, como una obra toda entera, el repertorio de su Teatro, queréis que señale, escogiendo, la que simboliza mejor su genio y su misión en las letras, yo no sabré vacilar. Sean los que quieran los laureles amontonados sobre otras, sean cada día mayores las tempestades de aplausos con que se aclamen en las tablas, para mí sin género ni linaje de duda, así como de Homero la *Ilíada*, como de Virgilio la *Eneida*, como la *Divina Comedia* de Dante, y como las *Lusiadas* de Camoens, es *la obra maestra* del gran Tamayo, la perla del Teatro español contemporáneo, la que admiran en todos los teatros extranjeros, la que encierra todo el espíritu de la Patria y toda el alma del poeta, la que desafiará impunemente los siglos, las generaciones y las épocas, por más que se sucedan las modas, mientras dure el Teatro español, la que se aplaude y se celebra en el mundo con el nombre de *La locura de amor*.

¡La locura de amor! Será inútil que trate de analizarla mi pluma. ¿Quién no la recuerda, además? Si la visteis derramar la vida en la escena, alcanzando el supremo triunfo del arte, que consiste en resucitar á los muertos con toda la

realidad que los animaba en la tierra y con todo el ideal con que los ha sellado la muerte y los ha consagrado la historia, no es posible que la olvidéis. No se olvida lo que tan hondamente se graba en el corazón con el buril de lo sublime. Si no llegasteis á ver cómo se levantaba las tablas, ó, por lo menos, en el papel en que dejó su huella la imprenta, el alma toda de la Patria, evocada del panteón de los siglos y de las épocas por el irresistible conjuro de la poesía y del arte, es ocioso que trate de reemplazar las fulguraciones del espectáculo con el frío análisis de la crítica. Tanto valdría la disección de un cadáver para mostraros la vida en la opulencia de sus variadas funciones. No. Si queréis contemplar lo que es *La locura de amor*, de Tamayo, poned por obra lo que aconseja un gran orador tratando de las pirámides: «Si queréis comprenderlas, dice, arrojad lejos de vosotros pinturas y descripciones; traspasad los mares, abordad el desierto, y miradlas; ahí tenéis algo inmenso, sencillo y eterno: son las pirámides.»

Sólo así, sólo experimentando en el alma la conmoción de lo sublime, se puede apreciar el mérito de las creaciones del genio, de las creaciones del arte, de las intuiciones de ese ente iluminado á que llamamos poeta, de la labor ciclópea é indispensable para extraer y concentrar la esencia de toda una gran civilización, de los destinos providenciales de la Patria, de las pasiones de una raza, de las aspiraciones, creencias y sentimientos de una edad; de los hechos y sucesos de una época, y de los caracteres humanos, que, sin perder el sello de su personalidad, reflejaron en sus palabras y en sus acciones la marca que les imprimió indeleble con su mano el medio ambiente social, la atmósfera que respiraron, la sociedad que los produjo y el suelo que los sostuvo á manera de pedestal para que los contemplase la historia.

Entonces toda crítica está de más; la belleza, por su propia presencia, se impone; la verdad recibe el espontáneo tributo que sin reparar se le rinde, y la bondad logra lágrimas que envía el corazón á los ojos. Es que el sér real y transcendente del arte sienta su trono en escena, y le sucede lo que al sol cuando brilla esplendoroso en los cielos: ni sirve cerrar los ojos para negarlo.

El que asiste á la representación de *La locura de amor* sin conmoverse, bien puede decir que no ha nacido español; es más: que no ha nacido latino, ni siquiera ha nacido alemán; merecería haber nacido en la tierra en que su filósofo más popular ha formulado el ideal de las aspiraciones de su raza con estas aplaudidas palabras: «Seamos hermosos y buenos animales.»

Perdonadme esta digresión. Pero ¿cómo daros cuenta de la razón de mi entusiasmo por ese drama, del que dice un crítico contemporáneo que «desde Calderón y Lope de Vega acaso no conoció España cosa semejante»? Pues, parecía haberse derramado sobre la frente del poeta novel la inspiración de los dos gigantes del Teatro español, amigablemente unida á la de Shakespeare y Schíller, con algo de García Gutiérrez y Hartzenbusch; con algo (añade), nada más, porque Tamayo, conocedor profundísimo de los resortes escénicos, no se dejó seducir por la pompa halagüeña que sedujo á nuestros románticos, y puso empeño en la verdad y consecuencia de los retratos, en el análisis psicológico, en la interpretación de los afectos, cualidades tan difíciles y tan descuidadas hasta él entre nosotros.» Concluyendo por afirmar «que hay rasgos en *La locura de amor* que enorgullecerían al primero de los trágicos del mundo,» y que su final «cierra con broche de oro este prodigio escénico, que dió en pocos años la vuelta á Europa, entusiasmando á críticos y espectadores.»

¿Cómo explicaros la razón de mi preferencia por esta obra, de la que dice otro aplaudido escritor que tiene asiento entre nosotros?: «Un literato ilustre, al preguntar si *La locura de amor* es de una escuela determinada, responde que no: que es fruto de todas las literaturas; que tiene la concisión y sencillez del Teatro griego, la incisiva expresión de los afectos del Teatro inglés, el idealismo de la pasión y de profundidad de pensamiento del Teatro alemán, el arte de interesar, el artificio y destreza para combinar y desarrollar la fábula, del Teatro francés, y la ternura, galantería, estilo y boato del Teatro español. Tantos elogios en la pluma de un amigo fraternal podrían aparecer sospechosos si la crítica más apasionada no los reconociese también como justos.»

¿Á qué continuar recordando lo que la crítica ha dicho sobre este drama excepcional? No acabaríamos nunca. Baste afirmar que este drama, traducido hasta al inglés y representado con aplauso hasta en Rusia, es un drama humano como no más, por lo vivo de las pasiones, por lo real de los caracteres y lo natural de la trama con que se teje la obra; es un drama histórico de verdad, en que la historia, lejos de falsificarse, como es uso, se aclara y se transparenta á la vez á la luz de las intuiciones poéticas que inundan de resplandores la época; es un drama artístico hasta lo sumo, en que, desdeñando el autor tesis y problemas de escuela y resortes de artificios escénicos de buena ó de mala ley, conmueve y suspende el alma con la exposición seria y honda de las realidades de la vida, contempladas desde la cumbre suprema de la unidad que las enlaza y las combina en un todo armónico y transcendental, con los ojos de águila del arte; es un drama asombroso, en fin, en que en el marco de una acción interesante, sencilla, lógica, íntegra y natural, encierra el drama íntimo y psicológico de una pasión emponzoñando una existencia, desgarrando un corazón y tras-

tornando un organismo hasta enturbiar para siempre las serenidades del alma, y el drama vasto, colosal y solemne de una nacionalidad que vacila, de un pueblo á punto de perecer, de una civilización amenazada en su mismo centro vital, precisamente en el momento en que acababa de brotar hermosa, vigorosa y pujante de entre las impurezas del suelo, ansiosa de realizar grandes é inmortales destinos.

Porque en aquella mujer, cuyo retrato de espíritu y cuerpo enteros parece trazado por la mano de Shakespeare, de Cervantes y de Velázquez á un tiempo; en aquella loca de amor, que en los extremos sublimes de su lógica pasional prefiere la locura á los celos y se niega con voluntad invencible á creer muerto el objeto de una pasión tan exuberante de vida, y anonadado el fin último y soberano de todas las energías de un alma, que, resistiéndose á verse de repente frustradas por el vacío y á replegarse estériles ante la nada, se aferran, como á la última tabla de salvación, á la idea consoladora y fecunda de equivocar el sueño con la muerte; en aquella mujer, en que parecen haberse reconcentrado todos los rasgos y caracteres de la mujer española, tanto en sus abandonos de amante como en sus arrebatos de celosa, y en sus abnegaciones de esposa como en sus altiveces de reina; en aquella única, propia, singular y distinta mujer, caracterizada con todos los rasgos individuales de su rica personalidad, se halla encarnada la vida toda nacional, sorprendida en el momento más crítico de su historia, con toda la opulencia de sus caracteres genuinos, tal como plugo á la Providencia formarla sobre este suelo selector y en este clima de prueba, por razas unificadas en ellos por la fuerza sobrenatural de la Cruz.

Porque no podemos olvidar, y sin duda lo tuvo presente el poeta, que fué providencial y extraordinariamente crítica la personalidad de esa mujer, en cuyo espíritu en tinie-

blas se perdió el sol de la resurrección nacional, como en melancólico ocaso, con la muerte de D.ª Isabel *la Católica*, y alboreó la aurora de nuestras grandezas sociales, como en espléndido amanecer, con el nacimiento de Carlos V.

Como si la Providencia hubiera querido recordar á los hombres, en símbolo personal elocuentísimo, la acción combinada, transcendental y constante de los dos factores de la historia: la libertad con todos sus lógicos resultados; la Providencia con todo el invisible poder de su intervención soberana.

Así es que para todo el que sabe mirar con los ojos perforadores del arte, como se ve en el fruto la flor, las raíces y la simiente, la tierra, el aire y la luz, que contribuyeron á formarlo, se ve en el corazón, sacudido por tan violentos embates, de esa desdichada mujer, á través de sus ajados vestidos y de su manto Real, en ocasiones, las creencias, la educación y la sangre, el amor, el olvido, el desprecio, la codicia y la lealtad; todo, en suma, cuanto depositó en su seno por herencia y contacto la sociedad que la produjo, y que devuelve multiplicado y desarrollado en él la pródiga Naturaleza; y se ve más aún: se ven atravesar como sombras á la luz que á manera de nimbo irradia su luminoso contorno en la atmósfera que la circunda, las grandes figuras de la historia enlazadas con su existencia, y que aparecen evocadas por el conjuro del poeta en torno de aquella inmensa personificación del dolor, como para servirle de corte: la madre santa y cariñosa, el padre político y previsor, el marido brutal y torpe, la servidumbre adocenada y vulgar, la hija sacrificada y amante, el hijo preocupado y audaz, el extranjero tiránico y codicioso, la junta popular y revuelta, y, por último, el confesor, el santo que con la llave de oro del cielo abrió las negras mazmorras de aquel cerebro en que gemía aherrojada la razón á las ardientes cla-

ridades de la luz natural y á las celestes iluminaciones de la gracia.

Porque, en realidad, como habréis echado de ver, gracias á las intuiciones del genio que adivina la realidad y la reconcentra y sublima con tan soberano poder, D.ª Juana, en *La locura de amor*, no es sólo la esposa amante burlada, celosa y loca al fin: es Castilla, es España, es la civilización española primero, europea más tarde, cristiana en suma, que vive, padece y lucha con todos los elementos, extraños, rivales y enemigos de su felicidad, sosteniéndose sólo por el corazón de su pueblo, y triunfa....., y sucumbe al fin á manos de aquel eterno decreto que declara perecedero sobre la tierra todo poder y toda grandeza humana, sin duda para recordar á los hombres que habitan este valle de lágrimas, de miseria y de dolores, que el reino eternamente feliz de la paz y de la justicia no es de este mundo transitorio y fugaz, cerrado por la espada de fuego del ángel vengador á toda armonía definitiva, sino que tiene su trono allá en otro mundo mejor á que llamamos el cielo, porque esplende inmortal en él; el sol eterno de la verdad, de la bondad y de la belleza.

Nada de todo esto dice el autor, es verdad; pero ése es el mérito de la obra. Lo que el autor calla, lo dicen á gritos todas las páginas del drama; se respira en el ambiente vital que forma la atmósfera del teatro durante la representación; lo marcan los personajes con sus acciones y lo entiende y lo siente el alma del espectador, que ve alzarse gloriosa y desventurada ante sus ojos la imagen del heroico pueblo español, pendiente su felicidad y su desgracia, entre la abnegación y la ambición de los nobles, entre la lealtad castellana y la codicia de los flamencos, entre las intrigas políticas de los palacios, las peripecias á que da lugar el amor atorbellinado por los celos y la especial é intermitente locura

en que el cielo, apiadado de tan humano dolor, hubo de sumir á la Reina, á la esposa, á la hija y á la madre á la vez, para sustraerla á todos los horrores de la desesperación, y acaso, acaso, á todos los crímenes de la violencia de las ambiciones humanas.

Pero lo más notable y mejor, lo que demuestra el talento dramático de Tamayo, es que D.ª Juana, en *La locura de amor*, es todo esto que vislumbramos y que aplaudimos unánimes, pero sin dejar de ser D.ª Juana. Todo cuanto hay de universal, de transcendental, de simbólico en tan singular personaje, está vivo y presente, sí, pero latente en los rasgos individuales y humanos de la creación del poeta, que es siempre y en todo una mujer de carne y hueso que conocemos y amamos, y forma parte ya indestructible de ese coro de inmortales que nos acompaña en la vida, hablándonos el lenguaje de sus alegrías y sus dolores, para fortalecernos y consolarnos en nuestro paso por la tierra.

Que tal es el dón sobrehumano que concede Dios al poeta: encerrar, como la esencia en el pomo, el alma toda de una civilización en los gritos casi inconscientes de un loco, dando al grito tan peculiar sonoridad, que resuene eternamente en la historia como el eco del quejido de toda una generación, expresado en un ¡ay! que no tenga parecido en el mundo.

Porque de variedad tan opulenta en unidad tan soberana, brotan el prestigio y el poder del símbolo, que la encarna con tan singular hermosura como cuerpo animado por el alma de una colectividad ó como joya cincelada por el arte de una cultura en que es imposible separar, como no sea con abstracciones, lo que pertenece al individuo y lo que pertenece al universal que lo informa y lo caracteriza, como sucede en *La locura de amor*, donde es imposible al crítico señalar con mano firme y segura dónde termina el alcance de la acción dramática individual, y dónde comienza el de la

pública y universal que la realza y la engrandece, identificadas como están las dos por el talismán mágico del arte, por más que ambas estén dando muestras peculiares de sí en las emociones que despiertan.

Así es que, á despecho de la unidad que informa toda la obra; por ella misma, más bien, el paralelo entre el drama que representa en el teatro D.ª Juana y el que representó en la historia y en su reinado la Patria, salta sin querer á los ojos, no sólo en su espíritu interior y en los rasgos geniales de raza y nacionalidad, sino hasta en sus mismos detalles y hasta en sus accidentes fortuitos, por obra secreta de la inspiración, que todo lo abarca, lo compenetra y lo encamina á la realización de la idea que centellea ante sus ojos. ¿Quién, por ventura, no repara lo esencialísimo del papel que en uno y otro drama desempeña la locura, tan explotada como dudosa al principio, de la desventurada Reina de Castilla? ¿Quién no recuerda las desavenencias y las luchas entre el Archiduque de Austria y D. Fernando de Aragón, que tanto juegan en la escena? ¿Quién no mira en D. Alvar el ejemplar caballeresco y bizarro de nuestros soldados de Italia? ¿Quién no encuentra en D. Filiberto de Vere el tipo odioso del flamenco que provocó las Comunidades con su ambición y su codicia? ¿Quién no siente alegría en el corazón al ver tan fielmente retratado en el tipo popular del mesonero Garci-Pérez á todo el pueblo español, leal, honrado, decidor, agradecido y creyente? ¿En quién no despierta Aldara la memoria de aquella raza tenaz en sus odios y sus amores, como hija al fin del desierto, con que tuvo que luchar la Patria espada en mano, como D.ª Juana en *La locura de amor*, durante el curso de ocho siglos, para sojuzgarla y vencerla? La muerte misma, la muerte y la locura, que son las que ponen término al drama que se representa en el teatro, fueron las que en realidad pusieron término al drama que se representaba en

la historia. Con la muerte de Felipe *el Hermoso* y la locura de su mujer, pudo el Rey Católico preparar con Cisneros la venida de Carlos V.

¿Cómo olvidar, cuando se asiste á las peripecias conmovedoras de la acción privada en las tablas, las alteraciones solemnes y transcendentales de la acción pública á que responden, como causa y como efecto á la vez, en las ciudades y en los campos de batalla en el mundo? El pedestal que con su atmósfera presta la historia á los personajes y á las acciones del drama cuando se compenetran así, los agiganta en proporciones colosales sin despojarles de la dimensión conveniente para que parezcan humanos. Diríase que, como los pedales á las cuerdas de ciertos músicos instrumentos, aumenta la sonoridad y el alcance, y el eco y la resonancia de su voz, sin alterar el valor de las notas musicales en que derraman su armonía.

Es un efecto de la dinámica estética que sólo sabe y puede utilizar sin peligro y con gloria el genio que domina las cumbres más excelsas del arte; cuando se llega á realizar como Tamayo en *La locura de amor*, el efecto sobrepuja cuanto se puede imaginar. El alma siente la grandeza del espectáculo que contempla, y asiste llena de sagrado estupor al transcendental desenlace en que se deciden los destinos de la humanidad en luengos siglos de su historia, por el arrebato de una pasión ó por el estallido de un sentimiento. El grano de arena en una entraña, y la curva de la nariz en el rostro, se llaman entonces Cromwell y el porvenir de Inglaterra, en Europa, Cleopatra y la suplantación del Oriente por el Occidente, en la hegemonía del universo. La locura de amor de D.ª Juana de Castilla, se llama quizás Villalar, Muhlberg, Pavía, Lepanto, hasta Trento; en suma, los altos destinos de la cristiandad sacados á salvo por la diestra del César y del pueblo español, de la barbarie del fatalismo letal, que

los amenazaba pujante por todos los ámbitos de la tierra.

Podrá no verlo el espectador, pero el eco y la resonancia que encuentran en el fondo del corazón las palabras de los actores, brotadas del alma del poeta como los sones de una lira suspendida sobre un trípode, le recogen y le penetran de un santo y religioso temor ante algo que atraviesa solemne por entre su vista y las tablas. Diríase que el ángel tutelar de la Patria cruza, con las alas plegadas y silencioso, la escena, llevando en una mano el dolor, como la espada de la divina justicia, y en otra mano la esperanza, como el bálsamo de la misericordia.

Cuando las desaforadas pasiones que tejen la bien trabada urdimbre del drama llevan los Reyes desde el palacio al mesón, en que convalece de sus heridas D. Álvar por amorosos cuidados de la hija del rey Zagal, y donde el pueblo sano y leal de Castilla ensalza la piadosa memoria de la Reina Católica como la de la santa madre de su pueblo, parece que en aquel humilde lugar se ha dado cita toda la España de aquel siglo para representar entre sus desmanteladas paredes el drama simbólico de su historia. Cuando, vestido el manto Real, ceñida la corona y empuñado el cetro, se adelanta arrogante y digna D.ª Juana y sube al trono, del que se le intenta despojar, antes de que le ocupe el Archiduque su esposo, para confundir con majestades de reina y con ironías de loca á los conjurados magnates, mientras el pueblo castellano aclama con voz como de león á su Reina como á la personificación de su Patria, parece que en el salón del palacio del Condestable de Burgos se cifra por encantamientos del arte el desenvolvimiento secular de la Constitución española; y por último, cuando al fin de la acción dramática desarrollada al tocar el desenlace final que la completa y la realza, perfeccionándola con transcendental perfección, pronuncia el sublime «duerme» la infeliz Reina de Castilla,

parece que en aquel grito final, lanzado por todas las energías de su alma en el éxtasis de la pasión, resuena la voz augusta de la Providencia divina decretando sobre la Patria el sueño saludable y reparador, pero pasajero y fugaz, del papel llamado á representar en los destinos del mundo.

Dicen los sabios que la tragedia de la clásica antigüedad representa el linaje humano cumpliendo con serenidad religiosa los inmutables decretos del hado inexorable y eterno; que el drama y la comedia franceses representan la manifestación de las pasiones humanas generalizadas y abstractas, personificadas en un tipo; que el drama alemán representa la evolución sucesiva de los caracteres individuales, y que el drama inglés representa la acción personal sobre las circunstancias de la vida, compenetrada con la acción misma de la fábula en el teatro. Si esto es cierto, como lo debe ser, ¿cómo no admirar en Tamayo todo lo que hay de legítimo, de bello y de transcendental en estas varias literaturas, unificado en *La locura de amor?* En la ostentación admirable que esplende armónica en ella; de la acción providencial sobre el hombre, no esclavo de la fatalidad, sino libre y dueño señor de sí; de las pasiones humanas, no en frías y abstractas personificaciones simbólicas, sino encarnadas en personajes reales, individuales y vivos; del desarrollo de los caracteres morales que se forman, no á impulsos solos y exclusivos de la pasión, sino al choque de las pasiones con el deber; de la acción de almas vigorosas y pujantes, con propia y rica personalidad, pero obrando no como cometas errantes y perdidos por el cielo de la vida y la historia, sino como astros de luz propia y de órbita gigante, pero de movimiento ordenado y concertado al fin, por grande que sea su velocidad, dentro de la armonía suprema con que giran en el espacio los mundos, se encuentran unificadas y perfectas todas las varias manifestaciones de la verdad y de la belleza, depura-

das de todas las escorias de la deformidad que arrastra consigo la materia.

Yo no sé qué tenga de grande el destino condenando á Edipo al parricidio y al incesto, que no brille con grandeza mucho mayor en la figura cristiana de D.ª Juana *la Loca*, designada por la Providencia divina como el eslabón acendrado por el dolor y esmaltado por el sufrimiento, que une con las múltiples intermitencias de su locura y su razón la cadena de los destinos españoles con la cadena de la misión histórica del imperio, para salvar juntos la civilización, amenazada por la barbarie. Yo no alcanzo qué ventaja pueda ostentar la abstracta personificación de la ambición cruel en *Atalía* ó de la miserable codicia en *El avaro*, sobre la que logra el amor en los arrebatos pasionales de D.ª Juana *la Loca*. Yo no veo en qué sobrepuja la evolución y las influencias del medio que hace del hombre honrado un bandido del temple de Carlos Moore, á las que hacen de una pobre y débil mujer enamorada de su esposo la fiera retadora de Aldara, la que con tan espantosa felicidad acoge la noticia de su locura, la que se interpone entre D. Álvar, que acude á su voz, y su esposo, que la atropella; la que echa de menos á su rival junto al lecho de muerte de su esposo, para llamarle á la vida con el reclamo de su amor; la que se levanta para cerrar el paso á la muerte, que avanza hacia su marido; la que, no pudiendo seguir á su esposo á la eternidad por la puerta misma de la muerte, le sigue por la de la locura, dejando al cadáver despojado de la razón, que vele incesantemente sobre el cadáver despojado de la vida.

Y si de Shakespeare se trata, ya que tanto se habla de Shakespeare, ese autor que sólo tiene de inglés el idioma y lo admirablemente que fulminó las pasiones peculiares de aquella raza, sondeando con la antorcha inextinguible de su genio los lóbregos abismos del corazón de un pueblo, en que

sólo parece que se podía penetrar á la luz de la lámpara de Dawis, yo, que me deleito en su admiración y que saludo con respeto su majestad literaria, también tengo que preguntar sin jactancia, pero sin modestia que abone con falsedad mi cultura, si entre los personajes augustos inmortalizados por él y exhumados del fondo prestigioso de la leyenda, hay alguno en que se realice el milagro que ha realizado el humilde poeta español con nuestra pobre D.ª Juana, transfigurada á la inmortalidad de la gloria como la eterna mártir del amor, por la luz y la vida del arte, desde el *spoliarium* de la historia, donde sin belleza, sin grandeza, sin sublimidad, sin otros timbres que la compasión, la lástima y la vergüenza, la tenían abandonada los siglos.

Shakespeare, animando con la pujanza de su talento figuras que venían ya circundadas con la aureola de lo ideal en tradiciones y leyendas y dramas anteriores á él, hizo obras verdaderamente grandes; copiando y transformando la realidad las hizo todavía mayores; pero Tamayo, recogiendo la olvidada figura de D.ª Juana del fondo de una prisión y entre los desórdenes de una locura para hacer de ella el ideal del amor, ha hecho, más que sensibilizar una idea y que idealizar una realidad, casi parece que ha usurpado las facultades del Creador sacando un mundo de la nada.

En D.ª Juana estaba, sí, todo lo que ha inmortalizado el poeta, pero nadie lo había llegado á ver. En ese cadáver, olvidado por la humanidad y sólo buscado por las pasiones de secta para encontrar una víctima y un adepto, sólo el poeta vidente, por intuiciones del genio, pudo adivinar lo que vió, como sólo el genio de Newton pudo ver en una manzana, desprendida por su peso de un árbol, la ley de la gran armonía universal con que giran acompasados los mundos por el espacio.

Y basta ya de *La locura de amor.* Enorgullézcase, enhora-

buena, Tamayo con las acabadas perfecciones de su segunda *Virginia;* estremézcase, á su vez, el público con terror ante las audacias y efectos del *Drama nuevo;* defiendan en buen hora los críticos, en *Lances de honor*, el sentido cristiano llevado hasta los extremos de la lógica más sublime; nosotros, que proclamamos, con Revilla, que el *Drama nuevo* es una «producción admirable hasta por el lenguaje sentencioso, en la que palpita una inspiración gigante, en la que las pasiones humanas vibran al unísono con las que Shakespeare pintaba en sus inmortales obras, y en la que la fuerza dramática, el efecto escénico, el terror trágico y la atrevida originalidad de las situaciones llega á punto altísimo de perfección; producción que hace palpitar todas las fibras del corazón humano, y que lo mismo arranca lágrimas de ternura y de piedad, que gritos de terror y espanto; producción, en suma, *que basta, no ya para glorificar á un hombre, sino para enorgullecer á un pueblo*»; nosotros, que reconocemos, con Boris de Tannemberg, que «sólo la pasión antirreligiosa y política impidió al público en 1863 aplaudir tanto como se debía uno de los más hermosos dramas de Tamayo, el llamado *Lances de amor*, que por la lógica de las ideas, por la audacia inaudita del teatro en su tesis, por el vigor de su elocuencia, por la sobriedad de sus recursos dramáticos, es un drama potente, admirable ya á primera vista por el arte severo de la composición, donde nada hay fuera del asunto, ni una intriga amorosa para falsear el interés, ni un solo personaje inútil, y del que, por otro lado, el autor ha sabido sacar del asunto todo cuanto se encierra en él, con un vigor de lógica no superado, por lo que es necesario considerarle como la obra de *tesis* más fuerte que ha producido en todo este siglo España, y que sólo admite comparación con las obras más sólidamente construídas de Dumas»; nosotros, que reconocemos, con Cueto, que la *Virginia* de Tamayo es superior á

todas las *Virginias* de los teatros extranjeros; con García Blanco, que es la mejor de todas las tragedias del Teatro español; con Cotarelo, que es «una estatua que tiene toda la corrección clásica en su forma, en su traje, en su andar, en sus actitudes, pero bajo cuya cubierta marmórea corre el fuego de una vida robusta y juvenil, como nunca la tuvieron las figuras clásicas de otros autores, por donde se aparece como si una de esas damas romanas que figuran en los Museos dejase su pedestal y viniese á tomar parte en la vida de nuestros días», tenemos que dar, sin embargo, el primer puesto á la obra más grande de Tamayo y que mejor representa la misión de su genio dramático en el Teatro nacional.

Porque Tamayo, el compañero que lloramos, fué la gloria de esta Corporación, la gloria de su Patria y su tiempo, más que por todo el resto de sus inmortales trabajos, por haber sido el genio de la representación teatral, que elevó con las fulguraciones del arte los ojos de las generaciones de su Patria y de su siglo á lo alto, para que bebiesen en la contemplación de los ideales humanos, que fueron la gloria de la gran civilización europea en los grandes días de su historia, la inspiración de las profundas ideas, de los nobilísimos sentimientos y de las acciones heroicas, que hicieron del hidalgo pueblo español aquel *poeta-soldado* que sacó á salvo los destinos de la cristiandad en todos los palenques del mundo, ideales que se podrán escarnecer cuando se les mire vencidos en el infortunado D. Quijote, aporreado y maltrecho por los galeotes eternos, no por ruindades de su ánimo generoso, ni por desmayos de su temerario valor, sino por descuidos de Sancho y flaquezas de Rocinante; pero ideales que no se podrán borrar de los fastos de la humanidad ni de los horizontes de su vida, mientras no se apague en los cielos el sol de la verdad, del derecho y de la justi-

cia, para convertir el universo en una jaula de fieras sin más razón que el instinto, sin más ideal que el goce físico de la sensación agradable, y sin más ley que la fuerza, extremados hasta lo infinito por todos los adelantos de una cultura material, que podrá hacer formidables las garras rapaces y los colmillos carniceros y el estómago insaciable y voraz del tigre ó del lobo humano en la implacable lucha por la vida, pero que jamás podrá hacer de la humanidad una familia fundada sobre el amor, de la sociedad una república organizada por la justicia, y del hombre un sér en que las concupiscencias de la bestia aparezcan sojuzgadas por los dictados de la razón, los imperativos de la conciencia y los anhelos del espíritu, transformándole en imagen y semejanza de la divinidad acabada y perfecta, con aquella sublime perfección moral que nos impuso como deber y nos fijó como destino *Nuestro Padre, que está en los cielos.*



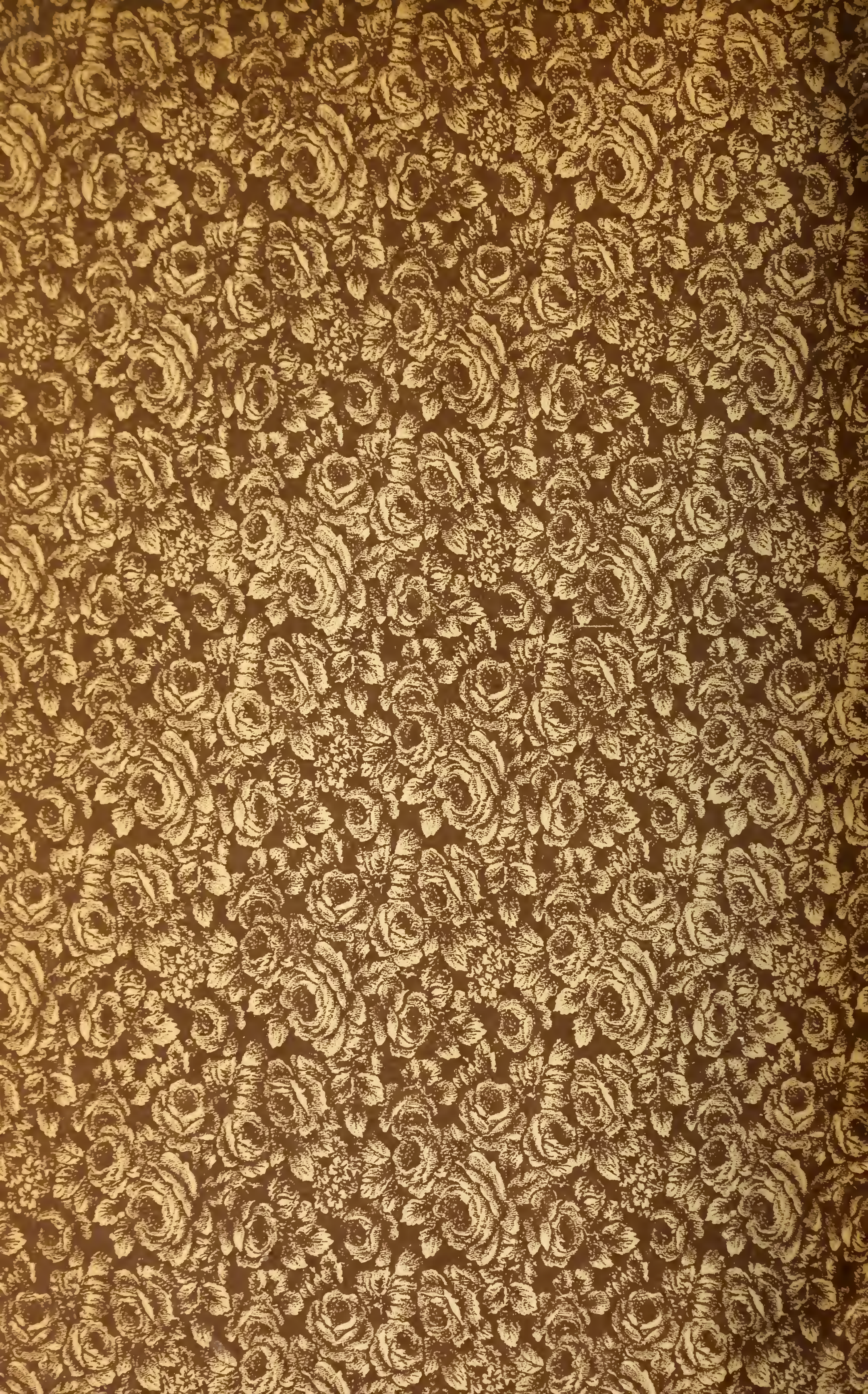


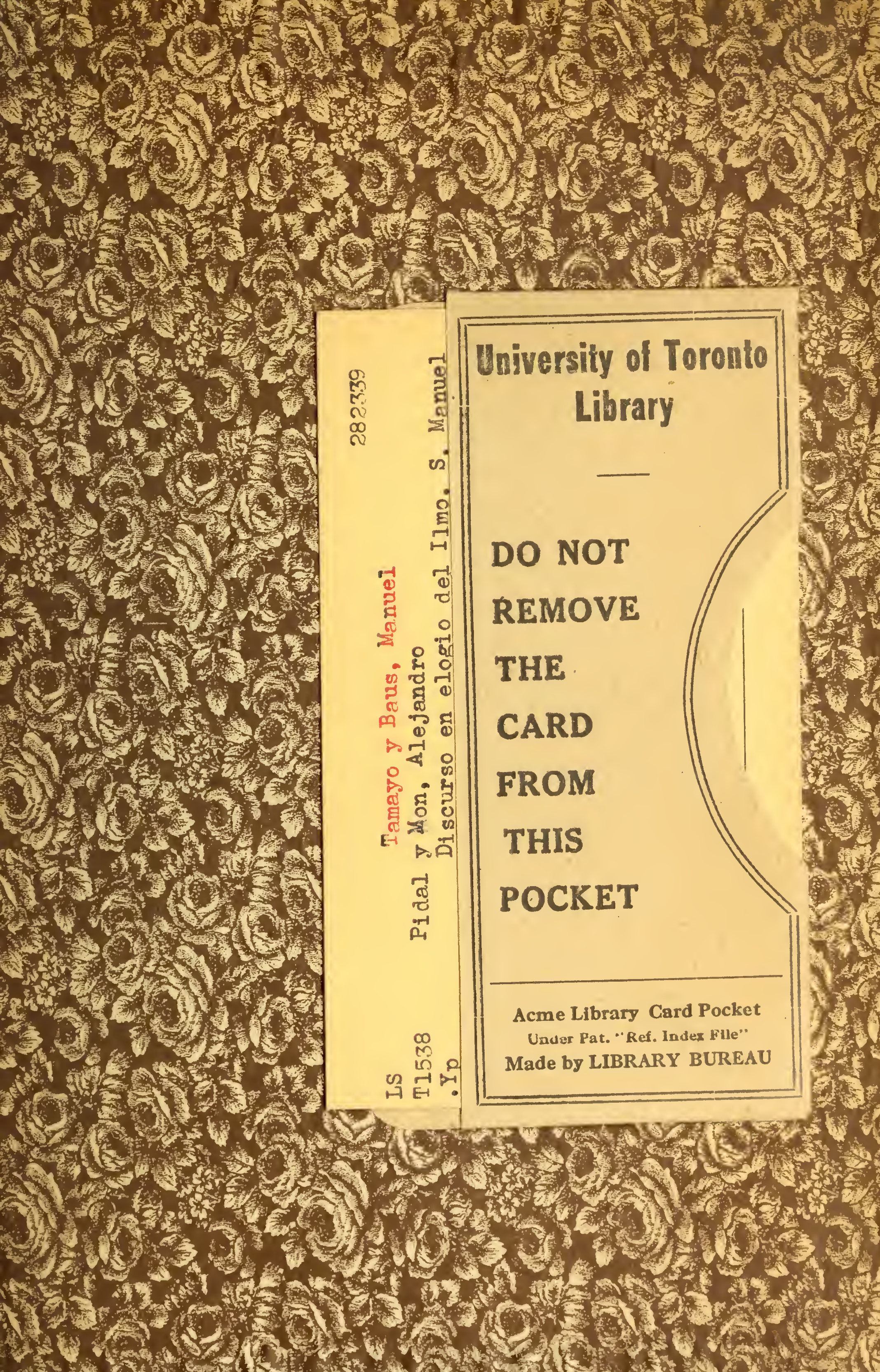












University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
282339
Tamayo y Baus, Manuel
Pidal y Mon, Alejandro
Discurso en elogio del Ilmo. S. Manuel
LS
T1538
.Yp

